

LA VOZ QUE IMPORTA

SUPONGO que los lectores de SOLI habrán leído con atención un artículo recientemente publicado en estas páginas por un militante de la Federación Anarquista Búlgara. Yo lo he hecho, y el trabajo me ha parecido tan interesante, que me creo en el deber de comentarlo. Además, me agrada hacerlo, y la razón de que me agrada es bien obvia: en tal artículo se ha dicho acerca de los « comunistas » lo que machaconamente he venido repitiendo en nuestra Prensa desde hace unos ocho meses; pero que lo diga yo tiene muy poca importancia, y, por el contrario, tiene muchísima el que lo diga un compañero que sufre la tiranía del fascismo bolchevique.

La voz que importa es, precisamente, la de los trabajadores perseguidos por el régimen de Stalin o por cualquier quinta columna a su servicio. Es la que importa, no ya porque di-

por J. Garcia Pradas

ga más verdades que las que se pueden decir desde este lado de la « cortina de hierro », sino porque decirlas desde el opuesto resulta más impresionante, y de impresiones parece vivir la gente... Más peligro hay en Francia que en Inglaterra de quedar un día bajo la garra del fascismo rojo, pero, aun así, pocos son quienes en Francia escuchan la procedente del otro lado, la angustiada voz de quienes sufren ya en realidad el peligro que a ellos les amenaza de cerca.

El compañero búlgaro autor del artículo de referencia ha sido, en verdad, sumamente generoso al escribirlo, pues ha dicho que « en la obscuridad profunda de nuestro infierno bolchevique, como rayos inesperados de una luz de esperanza, llegaron distintos periódicos anarquistas de otros países, por los cuales, con gran alegría, hemos comprobado que los compañeros de todo el mundo han tomado con entusiasmo la defensa de los compañeros búlgaros ». Esto — repito — es muy generoso, muy halagador para todos nosotros, pero, por desgracia, no corresponde exactamente a la verdad. Lo cierto es que la Prensa anarquista de habla española no ha cumplido ni aun a medias su deber de solidaridad para con los compañeros búlgaros, ni respecto a los de otros países dominados por el stalinismo ni acerca de los pueblos que lo sufren.

No nos engañemos respecto a esta cuestión. La verdad es que todavía hay en nuestras filas compañeros que se escandalizan de que se trate a los bolcheviques de igual manera que a los fascistas de cualquier otro color. La filfa de que son comunistas, de que son carne y uña de la clase trabajadora, de que están haciendo o quieren hacer la revolución proletaria, ha llegado a ser creída por algunos miembros del Movimiento Libertario, y por experiencia sé que cuesta mucho trabajo y proporciona no

menos disgustos convencerles de que el régimen supuestamente soviético es fascista en realidad. Por otra parte, compañeros hay que, aun sabiendo a qué atenerse sobre este particular, temen las campañas de calumnias con que la Prensa bolchevique pueda con- festar a las verdades del barquero que se le canten a Stalin desde la nuestra, y ese temor les aconseja callar, cerrar los ojos al peligro que les acecha y desentenderse del infortunio en que se hallen los trabajadores del mundo sujeto al Estado ruso.

Todavía es frecuente entre nosotros incurrir en deslices como el que su-

pone pedir la libertad de los españoles de Karaganda en nombre de la democracia, mostrarse dispuesto a pedirla en compañía de fieles servidores de Stalin, suplicársela a este apelando al supuesto prestigio de su régimen y convertir la demanda en una gratuita negación del carácter fascista del Estado bolchevique. Tales deslices, a los que por la humanidad esencial del caso pueden acceder compañeros que saben perfectamente a qué atenerse, están destinados a ser contraproducentes, y a causar más perjuicio que beneficio. La naturaleza del régimen de Stalin, como la del Estado franquista, no es cuestión de opiniones, sino de cruda y evidente realidad. Negarse a reconocerla, negarse a verla tal cual es, es correr el riesgo de dar de bruces en lamentables filisteísmos.

He mencionado el asunto de Karaganda. La campaña mantenida en nuestra SOLI acerca de él ha sido magnífica, y promete seguir siéndolo. También ha sido y es muy necesaria. Pero me parece menester levantar la puntería. No basta mojar la pluma en el corazón, en el sentimentalismo, en la emocionada solidaridad hacia españoles infortunados. Es preciso pensar en los millones de rusos que padecen el terror de ese Estado secuestrador de nuestros marinos y aviadores, o de los niños españoles que en malhora fueron llevados a Rusia. Hay que enfocar el asunto con la amplitud que exigen la dignidad humana — desbordadora de fronteras — y la libertad que nos sirve de estrella, bien visible desde cualquier lugar del mundo. Hay que luchar en defensa de todos los pueblos subyugados, y hay que batirse con todas las tiranías.

Mis palabras tienen hoy algún valor porque se basan en el artículo que las inspira, el cual ha sido escrito « en nombre de los compañeros condenados a una muerte lenta en los campos de concentración; de los estudiantes excluidos de las Universidades; de los obreros y empleados perseguidos y sin trabajo, amenazados por el hambre; en el de los campesinos y en el de todos los anarquistas búlgaros que levantan la bandera de la libertad y de la dignidad humana sin doblegarse ante la dictadura del funesto Dimitrov... » En nombre de ellos, también, se nos agradece la solidaridad que les hemos prestado, y creo que, con mejor conocimiento de causa que el que ellos tienen, bien cabría exigir, también en su nombre, muchísima más solidaridad.

Leyendo el artículo de referencia, que tiene el valor de un manifiesto orgánico, no cabe poner en duda ni en tela de juicio la tiranía fascista que sufre Bulgaria, tan semejante a la que está haciendo estragos en otros pueblos. « Después de cinco siglos de esclavitud bajo el Imperio turco — se ha dicho en tal escrito —, no se ha conocido otra época de persecu-

ciones, encarcelamientos y asesinatos como la que actualmente impera. Los rusos... han apuntalado el dominio de la dictadura y la esclavitud de los campesinos y trabajadores búlgaros». Y allí se añade que « para nosotros, los anarquistas, no han disminuido nunca las persecuciones; a los compañeros que no están en los campos de concentración se les priva de sus empleos y en ningún otro lado se les da trabajo; al igual, una serie de medidas restrictivas les impide emprender, aun tratándose de artesanos, el ejercicio de su profesión. En este régimen perverso sólo encuentran facilidades los lacayos dispuestos a venderse al verdugo. »

Y la razón de que, aun dentro de un régimen tiránico, los anarquistas sean tratados con crueldad especialmente extremada, fácil es de adivinar: como enemigos de todo Estado, resultan absolutamente incompatibles con el Estado totalitario. Así lo expresa el compañero búlgaro en su artículo: « El odio con que nos distinguen los bolcheviques no tiene límites, pues advierten que los ojos de todos los oprimidos se vuelven hacia nosotros... La actitud de los anarquistas, los únicos que no han inclinado la cabeza, que no han firmado la declaración de fidelidad al Estado del Frente Patriótico, se hace merecedora del aplauso de todos los revolucionarios, y los hombres de la oposición, aun distantes de nuestras ideas, expresan su admiración por la conducta heroica que los compañeros han observado frente a la dictadura staliniana ».

Este es el caso: bajo el Estado totalitario, los anarquistas, si no claudican, si no abjuran sus ideas, si no reniegan de lo que son, van a la cárcel o al patíbulo. Y la oposición que menos puede tolerar un Estado que se finje proletario, es la de hombres de la clase trabajadora; de la misma manera, quien estorba a los mercaderes de la revolución es el auténtico revolucionario. De ahí que el régimen

bolchevique constituya para los anarquistas una amenaza y un peligro superiores a los que supone para los demás. Tal peligro se convierte en realidad, en implacables crímenes, en cuanto los bolcheviques se apoderan del Estado. En teniendo el Poder, no hay freno moral capaz de sujetarlos.

Para nosotros, para los trabajadores que todavía nos encontramos en situación de luchar, lo más importante del artículo que glosó venía al final del mismo. « ¿ Qué nos traerá el mañana? » — se preguntaba su autor —. Y después de decir que « ciertas gentes ignorantes ponen sus esperanzas de salvación en una guerra próxima », añadía que los anarquistas búlgaros no pierden « el equilibrio ni la visión clara de la realidad: somos adversarios decididos de todas las guerras; queremos evitar la gran matanza que se prepara, y se evitará si el proletariado mundial se resiste a servir de palanca de apoyo a las ambiciones imperialistas del Kremlin. » Estas palabras implican todo el quid de la cuestión. En el sentido de las mismas he venido insistiendo durante meses y meses. Vuelvo ahora a la carga con nuevos bríos, con el aliento que me da el advertir que lo dicho a este lado de la « cortina de hierro » halla refrendo allende la misma, y digo así:

Si queremos librarnos de la guerra en ciernes, si queremos impedir que retoñe o crezca el fascismo de signo derechista, si queremos salvar el honor y la vida del proletariado, si verdaderamente anhelamos hacer la revolución, si nos mantenemos fieles a los ideales del anarquismo, es de todo punto indispensable para nosotros emprender con la mayor decisión, siempre de cara y de manera responsable, la lucha a fondo contra la quinta columna staliniana, contra la lepra social del bolchevismo. Y hay que hacer eso con la verdad en la boca, no con armas de otra clase.

JOSE GARCIA PRADAS